

LA MIRADA DE LA TORTUGA

JON
ARRETXE



erein

LA MIRADA DE LA TORTUGA

45

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: abril de 2022

Título original:

Dortokaren begirada

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© De la traducción:

Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-807-2

D.L.: D 354/2022

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus   

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

LA MIRADA DE LA TORTUGA

JON
ARRETXE

erein

VIERNES



1

—¡Arrepentíos, pecadores! ¡¡¡Arrepentíos!!!

Los gritos se elevan en el aire mientras el predicador agita los brazos en todas las direcciones. Lleva un bigote recto que oculta su labio superior, dándole aspecto de títere diabólico; y, a su lado, una señora radiante de blanco sujeta un cartel que dice: «El Juicio Final se acerca, ¡Preparaos!». Junto a ellos, otra mujer vestida enteramente de negro está grabando la escena con un teléfono móvil. Son tres personajes achaparrados, de rasgos latinos y, con esa sonrisa estúpida, resultan muy poco convincentes para ser los mensajeros del Apocalipsis. ¿Cómo es posible anunciar el fin del mundo con ese aire de felicidad? ¿Pero qué tiene esta gente en la cabeza?

De vez en cuando, el predicador hace una breve pausa, como esperando a que alguien reaccione a sus palabras, pero nadie le presta atención. De hecho, apenas

se le escucha, porque el tráfico es denso y ruidoso en las inmediaciones del Puente de Vallecas.

—¡Tú! ¡Arrepiéntete tú también! —Se dirige a mí, haciendo que la mujer de negro se gire de inmediato para encuadrarme con la cámara del móvil. Les doy la espalda automáticamente y, sin esperar a que el hombrecillo del semáforo se ponga en verde, atravieso la avenida de la Albufera esquivando coches y cabreando a los conductores, provocando sus bocinazos y algún que otro insulto. Cuando consigo alcanzar la acera opuesta, aprieto el paso para alejarme cuanto antes del maldito trío de pirados.

Enseguida llego al cruce con la interminable calle Monte Igueldo, donde bajo la visera un poco más por delante de mis ojos y despliego mi mascarilla todo lo que puedo. Desde la vacunación masiva contra el coronavirus, la gente se ha ido relajando y la mayoría ya prefiere ir con la cara descubierta; pero a mí me viene de fábula lo de la mascarilla para pasar desapercibido en ciertas ocasiones, para ser uno más entre los miles de africanos que viven en Madrid, un negro cualquiera en lugar del delincuente indocumentado Mahamoud Touré.

Caminando entre los innumerables negocios extranjeros, reparo en la cámara de seguridad recién instalada en una de las fachadas. Se dice que ya han colocado dieciocho por aquí, casi tantas como en el barrio de San Francisco, en Bilbao. No puedo evitar la avalancha de recuerdos, fue una época dura la que pasé allí,

aquel madero hijoputa me jodió pero que muy bien. Aprovechando el control que tenía sobre el circuito de cámaras, se enganchó a mi cuello como una sanguijuela asquerosa; era un chantajista insaciable, y no tuve más remedio que deshacerme de él. Después de eso ya no podía continuar en Bilbao; salí por patas y fui a esconderme a un pueblecito del Pirineo Navarro, que, dicho así, podría parecer un destino bucólico, pero es curioso el sentido del humor tan macabro que a veces puede tener la vida. Si llego a saber lo que me esperaba allí... Vamos, que tampoco entonces pude dejar reposar el culo mucho tiempo, así que probé suerte yéndome más lejos, hasta un lugar donde conseguí vivir en paz una temporada. El barrio de Barbès, en París, era un buen sitio para empezar desde cero. Allí los africanos son mayoría absoluta, lo que me hacía sentir tranquilo y a salvo; allí aprendí un nuevo oficio, guiado por Yareliz, aquella mulata de dedos prodigiosos para birlar carteras; allí me hice respetar dedicándome a actividades poco respetables; allí nació el nuevo Touré. Pero nada es eterno, volvió a complicarse todo y, al final, casi por azar, llegué a la capital de España. Esta ciudad puede ser tan apropiada como París para pasar desapercibido, aquí también es posible caminar tranquilamente sin llamar la atención, la población migrante es incluso mayoritaria en algunos barrios. Además, en Francia no perdí el tiempo, amasé mi propia fortuna y gracias a eso pude venir a Madrid con el riñón bien forrado; de modo que hoy por hoy tengo todas mis

necesidades cubiertas y puedo permitirme vivir yo solo en un apartamento de alquiler en Lavapiés, el barrio más africano de esta gran urbe.

Lo malo es que el dinero también se termina, y después de un tiempo derrochándolo despreocupadamente, viviendo instalado en una especie de año sabático y pensando solo en el presente, apenas me queda efectivo. De todos modos, también es cierto que he enviado mucha pasta a mi familia, que sigue en Burkina Faso; la suficiente para que mi mujer no me pregunte cuándo nos vamos a reunir, ahora solo dice que quiere montar una tienda, y parece muy ilusionada. Ya no me echa tanto de menos, supongo que ella y los críos..., los críos, pero ¿cuántos años tienen ya? Habrán terminado acostumbrándose a vivir sin mí, y no puedo reprocharles nada, porque hace muchos años que salí de casa con la promesa, aún incumplida, de reunirnos pronto para empezar juntos una vida nueva, una vida mejor.

De repente, un sonido estridente me sobresalta, es la nota perdida de un trombón que interrumpe mis pensamientos. Me ha cogido desprevenido, aunque en realidad no tendría por qué; la charanga de *jubiletas* que castiga los oídos de los vallecános día tras día siempre está aquí, en el cruce con el boulevard de la calle Peña Gorbea. Parece que estos viejos no tienen otra cosa en la que ocupar su tiempo, y se los puede ver casi a cualquier hora con sus instrumentos dale que te pego. Sin embargo, tanta dedicación no termina de dar fruto.

Acelero hasta dejar atrás los ecos de la banda y llego a mi destino. Antes de entrar a la peluquería, me detengo y miro con desconfianza hacia la fachada del lado opuesto de la calle, al lugar donde han instalado una de esas cámaras nuevas que no me hacen ni pizca de gracia. Aun así, empujo la puerta y entro. No hay ningún cliente.

—¿Lo de siempre? —Me recibe un magrebí de corta estatura.

—Lo de siempre.

Tomo asiento y me quito la visera y la mascarilla. Entonces el peluquero coloca sobre mis hombros una capa de plástico, coge la maquinilla y empieza a hacer como si me cortara el pelo.

—No me gustan nada esas cámaras nuevas —digo—, sobre todo la que apunta hacia aquí.

—Supongo que ahora la gente de bien de esta calle se sentirá más segura.

—¿Pero en Monte Igueldo queda gente de bien?

—Claro, yo mismo, por ejemplo. Ya te he explicado el significado de mi nombre, Adel, ¿verdad?

—Sí, «hombre recto y honrado», una definición que te va como anillo al dedo.

—¿Pues así es!

—De todos modos, esas cámaras me agobian. Cualquiera sabe, igual tienen hasta micrófono.

—¿Qué dices, Touré? —Apaga la maquinilla un momento—, ¿de verdad piensas que esos cacharros pueden

pillar lo que decimos desde el otro lado de la calle, y con la puerta de la peluquería cerrada?

—No te fíes, cosas más raras he visto.

Entonces se vuelve hacia la minicadena que tiene bajo la bandera del Sáhara y coloca un disco en la pletina. Me fijo en la carátula del CD, el perfil de un rostro femenino emergiendo de un fondo oscuro sobre el que destacan unas letras amarillas: Mariem Hassan. En un instante, unos acordes de guitarra empiezan a llenar el espacio, después se añaden unas palmas, y una voz de mujer empieza a entonar una alegre canción.

—¿Qué, así más tranquilo? —dice el peluquero. Me encojo de hombros.

Adel todavía pasa otros diez minutos haciendo el parrupé. Mientras tanto, se me ocurre preguntarle por la situación de su pueblo, al hilo de las últimas movidas entre los gobiernos de España y Marruecos. A buena hora lo hago, acabo de quitarle el tapón a una litrona de cerveza agitada. El saharauí explota en maldiciones, primero contra los mandatarios marroquíes, y luego contra los españoles, contra Francia, contra los Estados Unidos...

—¡A los países ricos les importa el Sáhara Occidental lo mismo que una mierda de camello!

—Igual que el resto de África —añado.

Cuando los ánimos parecen más calmados, el peluquero me quita el plástico de los hombros, lo sacude y, después de hacer un gesto de aprobación a través del espejo, me lleva hasta la trastienda. Se sienta tras una mesa,

yo permanezco en pie y saco una sortija que pongo frente a él.

—Estos zafiros no son tan perfectos. —Arruga el ceño mientras observa las piedras con una lente.

—No te molestes en darme explicaciones, ya sabes que no tengo ni idea del tema.

—Menos mal que has dado con un perista honrado.

—Menos mal.

El saharauí continúa observando en silencio las gemas azules engarzadas alrededor del anillo de plata. Por fin, abre un cajón de la mesa y extrae una caja en cuyo interior guarda la joya. A continuación, sin mediar palabra, abre otro cajón y aparecen unos billetes de cincuenta euros que extiende hacia mí. Me los meto en el bolsillo sin contarlos. Después, saco un collar de piedras rojas.

—¿Es bueno?

—Yo diría que sí. ¿También lo quieres vender?

—No, solo quiero saber si es de buena calidad.

—Esos rubíes tienen muy buena pinta, quizás podría darte... Unos dos mil euros, pero primero tendría que examinarlo. —Alarga la mano.

—Este no está en venta —respondo, mientras devuelvo el collar a mi bolsillo y me giro hacia la salida dejando sentado al peluquero.

—Encantado de ayudarte, puedes volver cuando quieras.

—En cuanto me crezca un poco el pelo.

—Algún día tendrás que contarme de dónde has sacado ese tesoro que guardas.

—Algún día.

Me calo la visera hasta las cejas y cubro mi rostro con la mascarilla antes de salir a la calle para tomar el camino de vuelta, evitando mirar hacia la cámara.

Adel sabe dónde colocar todo lo que robé en las joyerías de París. Me paga la mitad de su precio en el mercado, pero no me quejo; él hace un buen negocio, yo consigo tela sin complicaciones, y todos contentos. Además, me parece un tipo de fiar, aunque no es solo eso, reconozco que tampoco sabría a quién recurrir si no fuera a él.

La charanga de abuelos desafinados sigue ahí, dándolo todo frente a un reducido público de su misma quinta entre el que pueden verse también algunos indigentes. Los viejos, sentados en bancos o en pretilos, intentan seguir el ritmo con las palmas mientras los sintecho se dejan llevar y levantan con aire festivo sus latas de cerveza y sus cartones de vino. El bullicio atrae incluso al predicador y sus ayudantes, que observan todo desde un rincón, todavía con esa puñetera sonrisita pegada en sus bocas. Para continuar mi camino, tengo que pasar necesariamente junto a ellos, y al imbécil del bigote no se le ocurre otra cosa que hacerme el signo de la victoria con los dedos en uve. Yo también le hago un gesto, con el dedo del medio, mientras me alejo maldiciendo entre dientes.

Al llegar a la avenida de la Albufera, estoy a punto de ser atropellado por un vagabundo chiflado que empuja un

carrito de supermercado lleno de hierros roñosos. Se conoce que no lleva muy bien el traqueteo del carro por la acera, y termina bajándose a la calzada para ir más cómodo, inmune a todos los piropos que le dedican los conductores.

Continúo hacia la boca de metro que hay bajo la M-30. Al resguardo del puente pueden verse un montón de cartones extendidos por el suelo y también algunas mantas y colchones, lo más parecido a un hogar para un grupo de sintecho que se refugia aquí. Seguramente yo estaría como ellos de no ser por las joyas que traje de París, y no me atrevo a cantar victoria, porque todavía es probable que ese puente sea mi próximo destino si no empiezo a controlar mis gastos.

Bajo por las escaleras hacia la estación y, apenas llego, oigo unos gritos. Un presunto chorizo intenta revolverse bajo el peso de un cachalote uniformado de segurata, y, a su lado, en pie, una mujer flacucha observa la escena con cara de susto. Curiosamente, ella también viste de uniforme.

—¡Te he dicho que no te muevas! —dice el gordo mientras reduce al supuesto caco bajo su tonelaje—. Mira, ya está aquí la policía.

Entonces llegan corriendo dos hombres de paisano. Sacan unas esposas.

—Me duele mucho, jefe. —Las quejas del tipo no evitan que los maderos se lo lleven sin contemplaciones.

Me alejo con disimulo mientras mi corazón se acelera. Cada vez que veo un poli me acojono, no puedo evitarlo,

y eso que en Madrid, hasta ahora, no he tenido ningún contratiempo con ellos. Cruzo los dedos para que siga siendo así.

Miro el reloj y siento un cosquilleo. Voy bien de tiempo para llegar puntual a la estación de Chamartín, estoy impaciente por recibir el regalo que me trae el tren de Bilbao.

2

Primero distingo la cabellera rojiza de Cristina entre los viajeros que se acercan por el andén, luego todo su cuerpo, espectacular. Cuando se encuentran nuestras miradas, observo cómo se ilumina su rostro. Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos, y me emociona encontrarme de nuevo con ella; es la misma de siempre, ¿o tal vez no? Siento que algo ha cambiado, aunque no sé bien lo que es. Quizás solo me resulte extraño este reencuentro, después de tanto tiempo, quizás sea que ella antes no solía llevar los ojos tan maquillados... Pero qué más da, de cualquier modo está despampanante, sigue siendo mi Sa Kené, el recuerdo más delicioso que conservo de la época de San Francisco.

Nos fundimos en un abrazo que se alarga hasta que la mayoría de los viajeros pasan por nuestro lado y nos dejan solos en el andén.